

## De víctimas a victimarios

### Por George Soros

Publicado en LA NACION, 9 de Junio de 2004

PARIS

¿Por qué está en un brete Estados Unidos? El 11 de septiembre fue un acontecimiento traumático que conmocionó a la nación hasta la médula. Sin embargo, no habría cambiado el curso de la historia para mal, si el presidente Bush no hubiese reaccionado como lo hizo. Declarar la guerra al terrorismo fue comprensible y, quizás, hasta apropiado como figura retórica. El problema es que Bush lo tomó al pie de la letra.

Creo que esto guarda una relación directa con los abusos cometidos por soldados norteamericanos contra detenidos en la cárcel de Abu Ghraib. Lo sucedido allí no fue obra de unas pocas manzanas podridas, sino una pauta tolerada y hasta alentada por las autoridades norteamericanas. Por ejemplo, es de rutina que agentes del Cuerpo de Auditoría General de Guerra observen los interrogatorios militares ocultos detrás de un espejo de visión unilateral; en Afganistán e Irak, dejaron de hacerlo. Ya en diciembre de 2002, la Cruz Roja Internacional, entre otros, empezó a presentar quejas por abusos.

Es fácil comprender cómo el terrorismo puede llevar a la tortura. A mediados de 2003, en una reunión de inversores de Wall Street, hice una encuesta informal sobre si tolerarían el uso de la tortura para prevenir un ataque terrorista. La respuesta unánime fue que esperaban que alguien la aplicara sin que ellos se enterasen.

Lamentablemente, los norteamericanos hoy son víctimas convertidas en victimarios. A decir verdad, desde septiembre de 2001, la guerra contra el terrorismo ha cobrado más víctimas inocentes que aquellos ataques terroristas. Este hecho no se reconoce en Estados Unidos porque esas víctimas no son ciudadanos norteamericanos. Pero el resto del mundo no hace ese distinguo y la opinión pública mundial se ha vuelto contra Washington.

Cuando declaró la guerra al terrorismo, el gobierno de Bush sabía lo que hacía y usó ese pretexto para invadir Irak. Tal vez, Bush no lo admita, pero sí lo han hecho el vicepresidente, Dick Cheney, y un grupo de extremistas concentrado en el Pentágono y sus alrededores. Esta gente actúa guiada por la convicción de que las relaciones internacionales son relaciones de poder, y no de derecho. Estados Unidos es la nación más poderosa del planeta; por tanto, debe usar ese poder de un modo más agresivo. Ellos promovieron el derrocamiento de Saddam Hussein aun antes de que Bush ganara las elecciones. Después del 11 de septiembre, lo convencieron.

La invasión de Afganistán pudo justificarse porque los talibanes proporcionaban a Osama ben Laden y Al-Qaeda un lugar de adiestramiento seguro. La de Irak no se prestó a una justificación similar. No obstante, los ideólogos de Washington estaban resueltos a llevarla a cabo porque "era factible" (Paul Wolfowitz dixit). Bush logró convencer a la nación de que Saddam tenía algo que ver con los ataques suicidas del 11 de septiembre y poseía armas de destrucción masiva. Cuando ambos asertos resultaron falsos, adujo un tercero todavía más forzado: Estados Unidos había

invadido Irak para liberar a su pueblo. Si Washington se hubiera preocupado de veras por el pueblo iraquí, habría enviado más tropas a proteger no sólo el Ministerio del Petr6leo, sino tambi6n los museos y hospitales. En lugar de eso, los saqueos devastaron Irak.

Ahora que la posici6n de Estados Unidos se ha vuelto insostenible, el gobierno de Bush est6 entregando el poder a las milicias locales en Fallujah y otros lugares. As6, m6s que para la democracia, prepara el terreno para divisiones religiosas y 6tnicas y una posible guerra civil como la de Bosnia.

Me gustar6a culpar de todo esto a Bush y su equipo. Pero entonces pasar6a por alto que Bush actu6 para un p6blico receptivo. Por cierto, despu6s de todo cuanto ha pasado, una mayor6a del electorado norteamericano sigue confiando en 6l en materia de seguridad nacional. Si las cosas siguen as6 y Bush gana la reelecci6n, los norteamericanos deber6n preguntarse: "¿Qu6 nos pasa?"

Estados Unidos necesita un profundo examen de conciencia. Los terroristas parecen haber golpeado un punto d6bil de su mentalidad colectiva. Han amedrentado a su pueblo y han encontrado en el gobierno de Bush un c6mplice bien dispuesto. La Casa Blanca ha descubierto que le conviene fomentar el miedo suscitado por el 11 de septiembre; ella sabe por qu6. Al declarar la guerra al terrorismo, Bush uni6 al pa6s detr6s de 6l.

Pero el miedo es un mal consejero. Al dejarse amedrentar, los norteamericanos est6n haciendo lo que los terroristas quieren: desencadenar un c6rculo vicioso de violencia que podr6a resultar en un estado de guerra permanente. La lucha contra el terrorismo bien puede ser eterna: los terroristas nunca desaparecer6n porque son invisibles.

La guerra contra el terrorismo polariza al mundo. En las batallas por la supervivencia, en Israel o donde fuere, todos se mantienen fieles a su tribu o naci6n; no importa que sus pol6ticas sean o no acertadas. Bush procur6 fomentar este estado de 6nimo al declarar que "quienes no est6n con nosotros est6n con los terroristas".

Tal actitud es incompatible con una sociedad abierta, concebida a partir del reconocimiento de que nadie es due6o de la verdad absoluta. La fuerza no siempre tiene raz6n.

No basta rechazar las pol6ticas del gobierno de Bush. Los norteamericanos deben reafirmar los valores y principios de una sociedad abierta. La guerra contra el terrorismo es una aberraci6n. Estados Unidos debe defenderse contra los ataques terroristas, pero no puede permitir que eso se convierta en el objetivo supremo de su existencia.

Hoy, ning6n pa6s o grupo de pa6ses coligados pueden resistir el poder6o militar norteamericano. La principal amenaza a la hegemon6a de Estados Unidos no es externa, sino interna. Si los norteamericanos no admiten que pueden equivocarse, corren peligro de socavarla.

El hecho de ser la naci6n m6s poderosa confiere privilegios, pero tambi6n impone obligaciones. Si los norteamericanos quieren conservar su posici6n privilegiada

deben utilizarla para procurar el bienestar del resto del mundo, y no para dictarle órdenes. En verdad, hay muchos problemas que requieren una acción colectiva: mantener la paz, asegurar el imperio de la ley y el orden, proteger el medio ambiente, reducir la pobreza y combatir el terrorismo. Estados Unidos no puede hacer cuanto se le antoje, pero poco puede hacerse sin su liderazgo o su participación activa.

En vez de debilitar y menospreciar las instituciones internacionales porque no siempre hacen lo que él quiere, Washington debería fortalecerlas y perfeccionarlas. En vez de emprender acciones preventivas de carácter militar, debería llevar adelante acciones constructivas que establezcan un mejor equilibrio entre las zanahorias y los palos, dentro del orden mundial vigente.

© Project Syndicate y LA NACION

(Traducción de Zoraida J. Valcárcel)

El autor preside Soros Fund Management; su libro más reciente es La burbuja de la hegemonía norteamericana.